

13. La Gran Controversia

La salvación de las almas es el fin de un plan infinito. El objeto de toda la creación fue el placer de Dios, y el gozo llega a Jehová cuando Él ve el funcionamiento armonioso de todas las leyes del universo. A través de los profetas, Dios ha, de tiempo en tiempo, dado a conocer tanto del plan como la mente humana podía comprender. Cada generación ha recibido una nueva revelación de ese plan infinito de salvación. En cada nueva manifestación, los ángeles han exclamado con asombro y se han postrado en adoración ante el trono; porque era la apertura a su vista de una nueva fase del carácter divino. Comenzando en el Edén, Dios manifestó Su amor en la relación que sostuvo con la santa pareja. Todo el plan para poblar la tierra con una raza que pudiera desarrollar una naturaleza espiritual semejante a la Suya, fue una revelación de Su amor.

El interés del cielo se centró en la humanidad, y los ángeles fueron comisionados para velar por ellos. Esta ministración de ángeles ha unido el cielo y la tierra por un vínculo que ningún poder puede romper. El enemigo ha contrarrestado cada bendición del Padre con un esquema infernal; por lo tanto, mientras algunos aceptan las obras del Espíritu de Dios, hay otros que ceden a la influencia del espíritu contrario; y la tierra se ha convertido en un gran campo de batalla. Toda ofrenda, desde la primera en la puerta del Jardín del Edén hasta el tiempo de Cristo, prefiguró el gran sacrificio único del Salvador.

Muchas veces, el pecado cegó tanto los ojos de los hombres que la forma de la ceremonia les ocultó el verdadero objeto del servicio. A través de la esclavitud egipcia, las peregrinaciones por el desierto, la prosperidad y el cautiverio, la única esperanza animó los espíritus de los hijos de Dios. Su vista espiritual escudriñaba el futuro, siempre esperando la aparición de la largamente prometida *simiente de la mujer*, que *magullaría la cabeza de la serpiente*. Es cierto que a menudo se equivocaban en sus ideas acerca del Venidero; pero en su necesidad individual, siempre lo imaginaban como su Libertador. Los judíos autosuficientes, que

habían perdido todo el poder espiritual en los sacrificios, mientras multiplicaban las formas, buscaban solo un Príncipe poderoso que los liberara del yugo romano. Las profecías concernientes al Manso y Humilde no tenían encanto para ellos. Estas profecías no solo retrataban el carácter del Mesías que vendría, sino que también revelaban el tiempo de Su aparición. Satanás está familiarizado con la Palabra de Dios y tiembla ante su cumplimiento. A medida que se acercaba el tiempo para que apareciera el Hijo del hombre, Satanás usó todas las artes para absorber a los hijos de los hombres en las formas, ceremonias y sofismas del mundo, para que no dieran lugar al humilde Jesús. Pero a Satanás no se le permitió traer confusión; porque, por extraño que parezca, el mundo entero estaba en paz cuando el Príncipe de Paz nació en un pesebre en Belén.

Ciertamente, la raza que afirmaba seguir a Dios había perdido el poder del Espíritu, y el dominio del mal era casi universal. Sin embargo, el eslabón de conexión no estaba totalmente roto; de lo contrario, la tierra habría sido destruida, y ni Roma, con su grandeza jactanciosa, ni Satanás, con todo su poder, habrían podido salvar la ruina. Ministrando en el altar del templo en Jerusalén, estaba Zacarías, el sacerdote. Él y su esposa Elisabet oraban diariamente por el advenimiento del Hijo de Dios. Jehová se detuvo a escuchar y respondió esas oraciones dándoles al anciano sacerdote y a su esposa un hijo, el precursor del Mesías.

En la ciudad de Nazaret, conocida por su iniquidad, vivía una joven. Diariamente su corazón se elevaba a Dios, pidiendo el advenimiento del Salvador prometido. De nuevo el oído de Jehová fue alcanzado, y esa oración fue respondida. Gabriel vino de la presencia de Dios y le dio a conocer a María que ella, una virgen en Israel, sería la madre del Hijo de Dios. La espiritualidad de su vida se muestra en su respuesta al ángel. Asumiendo su responsabilidad *dada por Dios*, con toda la tristeza y la vergüenza que implicaba, ella dijo: «He aquí la sierva del Señor». Se habían encontrado tres que eran fieles al Dios del Cielo. Todavía había otros. Pastores humildes que cuidaban sus rebaños oyeron a los

ángeles cantar en el nacimiento de Cristo; magos de Oriente, escudriñando las profecías, reconocieron la estrella como un heraldo del Salvador.

El día en que el Niño fue presentado en el templo, Simeón, un anciano sobre quien descansaba el Espíritu Santo, y que veía con discernimiento espiritual, reconoció en el Pequeño al Redentor de los hombres. Y Ana, una profetisa, una viuda anciana, que vivía en el templo y que buscaba a Dios día y noche por el cumplimiento de Su promesa, reconoció la divinidad en el Niño, y dando gracias, «hablaba de Él a todos los que esperaban la redención en Jerusalén». Esto aumentó el número de quienes en hechos y en verdad esperaban al Mesías. Ellos, mientras el mundo estaba en oscuridad e indiferencia, se angustiaban en el alumbramiento por el Redentor del mundo.

Los fieles, la iglesia del Dios viviente —pocos como puedan ser en número— son representados como la «mujer vestida del sol, con la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas». Es el cierre de una era, la edad de los tipos y las sombras, que, como la luna, reflejan la luz de lo verdadero. La luna está bajo los pies de la iglesia, y el glorioso amanecer de un nuevo día es introducido. La luz más pálida de la luna parece tenue en ese día más glorioso. Los tipos y ceremonias del servicio del santuario, que habían sido una sombra de lo real, estaban desapareciendo; porque el tipo encontró su antitipo en el Niño que nació. Cada sacrificio, desde el Jardín del Edén hasta la cruz, prefiguró el gran Sacrificio, y enseñó el Evangelio eterno. Por fe, el pecador que confesaba sus pecados sobre la cabeza del cordero inocente, veía el verdadero Sacrificio, y la luz del Calvario, reflejada del sacrificio, brillaba en su corazón. Este servicio tipificaba el Evangelio en su plenitud. Esta es la fundación sobre la que se asienta la iglesia. No es una piedra que se desliza, una fundación resbaladiza, sino una fundación sólida sobre la que descansa la iglesia viviente. Hoy, el registro de ese servicio típico emite luz para quien lo busque. Es cierto que no tiene el resplandor completo de la luz del sol como el registro de la Ofrenda antitípica, pero de él emana una luz suave y apacible que bien recompensa al buscador de la verdad.

Alrededor de la cabeza de la iglesia se agruparon doce estrellas, representando a los doce apóstoles, quienes se convirtieron en los padres de la iglesia cristiana, y sus nombres también están en las doce piedras fundamentales de la Nueva Jerusalén.

Los seguidores de Cristo son objetos especiales de cuidado en las cortes celestiales, y nunca hubo un tiempo en que el interés fuera más intenso que cuando la plenitud del tiempo estaba cerca, y el Hijo dejó a un lado Su forma divina y se vistió de carne humana —carne sujeta a toda la debilidad del niño más frágil en la tierra—. En el territorio de Satanás, en la nación que era la esencia misma de toda falsedad y engaño, el compuesto de error más profundo y fuerte, Cristo vino como un niño indefenso para mostrar el poder de la verdad y el amor.

«Apareció otra maravilla en el cielo»; era el poder opositor de Satanás encarnado en la monarquía reinante de la tierra —el imperio de Roma, con César Augusto a la cabeza. Se afirma claramente en Apocalipsis 12:9 que el gran dragón rojo es el diablo; y las siete cabezas con los diez cuernos representan el Imperio Romano, en el cual habitó el diablo. Este poder, durante el reinado del paganismo, crucificó al Salvador; y en su forma modificada, conocida como el papado, mantuvo a la iglesia de Dios en esclavitud durante mil doscientos sesenta años.

Roma, en el tiempo del primer advenimiento, en su conquista alrededor del Mediterráneo, había obtenido el control de Palestina, el hogar de los judíos. Herodes se sentó como rey, pero solo con el consentimiento del emperador, a quien pagaba tributo. Herodes fue el último rey que gobernó sobre los judíos. «En su primer testamento, él [Herodes] nombró a Antipas su sucesor; en el último, a Arquelao. El pueblo estaba listo para recibir a Arquelao, pero después se rebeló. Tanto él como Antipas fueron a Roma, cada uno para presentar su reclamo a César para su decisión. César no confirmó a ninguno, pero envió a Arquelao de regreso a Judea con el título de etnarca; también con la promesa de la corona, si la merecía. Pero su conducta fue tal que nunca la obtuvo». Este fue el cumplimiento de la profecía concerniente al Niño Jesús. Más de setecientos

cincuenta años antes del nacimiento del Salvador, Isaías escribió: «Antes que el Niño sepa desechar lo malo y escoger lo bueno, la tierra que tú aborreces será abandonada por sus dos reyes». La muerte de Herodes ocurrió cuando la nación judía era gobernada por su rey, ayudado por el Sanedrín y los sacerdotes; y al remover a los reyes, el «dragón», a través de Roma, arrojó la tercera parte de las estrellas del cielo a la tierra. La mano divina que escribió esta historia no puede ocultarse; porque el mismo lenguaje que se cumplió literalmente en Jerusalén, describe, con igual precisión, la gran caída en el cielo, cuando Satanás fue expulsado junto con un tercio de los ángeles —aquellos que se adhirieron a sus principios—. Satanás conocía el tiempo para el advenimiento del Hijo del hombre, y determinó matarlo al nacer. La historia del decreto de Herodes, quien causó la matanza de «todos los niños que había en Belén y en todos sus contornos», puede leerse en el Evangelio de Mateo y en la profecía de Jeremías. El Niño fue custodiado por una banda de ángeles y escapó de la espada del rey enojado. Durante toda la vida de Cristo, se hicieron repetidos intentos de quitarle la vida; y al no lograrlo, Satanás persiguió cada uno de Sus pasos, buscando atraparlo a través de la debilidad de la carne humana, o hacer que ejerciera Su poder divino para Su propia protección.

«Porque un Niño nos es nacido, Hijo nos es dado: y el gobierno estará sobre Su hombro; y se llamará Su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz». De Judá se había dicho en los días de Jacob: «No será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Siloh; y a Él se congregarán los pueblos». Esto se cumplió en el nacimiento de Cristo. Solo de Él, Jehová, el Padre, dijo: «Tu trono, oh Dios, es por los siglos de los siglos; cetro de equidad es el cetro de Tu reino». A este Rey Niño, y solo a Él, se le ha dado el derecho de gobernar con vara de hierro. «Yo he puesto Mi Rey sobre Sion, Mi monte santo. Yo publicaré el decreto: Jehová me ha dicho: Mi Hijo eres Tú; Yo te he engendrado hoy. Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra. Los quebrarás con vara de hierro».

El Salvador vivió entre los hombres durante treinta y tres años, un ejemplo en la niñez, la juventud y la madurez, de las posibilidades de una vida con Dios. Fue crucificado, sin embargo, triunfó sobre la muerte. Satanás pensó que tenía a Cristo seguro, pero el momento de exultación fue la señal de su derrota eterna. Aun entonces, un grito resonó en el cielo al verse la victoria sobre la muerte. Él rompió las ataduras del sepulcro, y «su Hijo fue arrebatado para Dios y para Su trono». De nuevo el cielo resonó con alabanza porque la victoria fue vista, y los terrores del mal fueron reconocidos como nunca antes.

Solo las cumbres, en la historia de la iglesia cristiana, son reveladas en esta visión. Está el glorioso amanecer del sol; luego, un lapso de más de quinientos años. Los días de la tiranía y persecución papal se muestran cuando la «mujer» estuvo en el desierto durante mil doscientos sesenta años; y la última cumbre es cuando el sol vuelve a brillar sobre la iglesia Remanente en todo su esplendor. Hay tres pasos desde la luz de luna del servicio típico del santuario hasta que se completa el día de triunfo y salvación; ¡pero oh, lo que esos pasos implican! El vaciamiento del cielo en el don de su Príncipe; el aplastamiento de la luz bajo los pies de aquel que pensó en exaltar su trono por encima del del Altísimo, y finalmente, la reunión de una pequeña compañía con la que el dragón aún está airado, pero que guarda los mandamientos de Dios y atesora la luz de Su Espíritu.

Puede que, al principio, parezca extraño que esta visión de largo alcance de la iglesia traiga de inmediato a la mente del profeta toda la historia de Satanás —el poder detrás del trono de Roma en sus malas acciones contra Cristo—. Y sin embargo, cuando el espíritu del cielo es captado, esta es la visión más natural. Antes de la creación de nuestro mundo, «hubo guerra en el cielo». Cristo y el Padre pactaron juntos; y Lucifer, el querubín protector, se puso celoso porque no fue admitido en los concilios eternos de los Dos que se sentaban en el trono. Él, el portador de luz, estando tan cerca de Dios que reflejaba la gloria del trono, permitió que los celos se enconaran en su corazón. Por primera vez, la armonía del cielo fue rota. La discordia se extendió; y cuando el amor no logró vencer, Lucifer y sus seguidores fueron arrojados más allá de las puertas del cielo, y a

Satanás se le permitió hacer de la tierra su morada. La justicia pedía la muerte; pero la Misericordia abogó por una prueba de los principios sobre los cuales se fundaba el gobierno divino. El arcoíris alrededor del trono prometía longanimidad. Se hizo la acusación de que Dios gobernaba con mano arbitraria. La controversia había comenzado. Satanás afirmó que, si se le permitía, podría establecer un gobierno donde la tiranía estaría ausente para siempre. El cielo le concedió la tierra para probar sus principios. Tan fiel es Dios a la ley del amor, tan seguros son los cimientos de Su trono, que, aunque le costó la vida de Su Hijo, aun así dio permiso para la prueba.

Los gobiernos de la tierra se convirtieron en los instrumentos a través de los cuales trabajó Satanás. Nuestro pequeño planeta se convirtió en el centro de interés entre los ángeles y los seres de mundos no caídos. Según el gobierno del cielo, representantes de cada mundo se reúnen en concilio en la puerta del cielo, así como los hombres de la tierra, durante siglos después de que Adán fue expulsado del Jardín, traían sus ofrendas a la puerta del Paraíso. Entre los hijos de Dios que allí se reunieron, también vino Satanás. Satanás era un hijo de Dios por creación, y asimismo, debido a la tierra sobre la cual había usurpado el poder y ejercía dominio. Como representante de la tierra, reclamó el derecho de reunirse en la puerta. Allí, en medio de la asamblea celestial, se presentó como acusador de los hermanos. El caso de Job y el de Josué son ejemplos de las quejas que presentó contra el gobierno de Dios. Una y otra vez, los ángeles habían escuchado las acusaciones hechas contra los hombres de la tierra. Cuando Cristo vivía aquí como hombre, la hueste celestial observó los profundos planes para Su derrocamiento; vieron los celos entre los gobernantes judíos, la crueldad de los romanos; y a medida que se acercaba la cruz, el dolor que los traspasaba era similar al de su Maestro sufriente.

Jesús, sentado en el atrio del templo pocos días antes del fin, miró hacia la cruz, y con sentimientos demasiado profundos para que el corazón humano los percibiera, dijo: «Ahora es el juicio de este mundo: ahora el príncipe de este mundo será echado fuera». En la cruz, el destino de Satanás quedó sellado para

siempre. «Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a Mí mismo». La oscuridad cubrió el Calvario en aquel día terrible, pero el ojo de la fe pudo perforar la nube; porque la hora que parecía la más oscura fue, para el universo, la hora de la mayor victoria. «En la cruz del Calvario, el amor y el egoísmo se enfrentaron. Aquí se manifestó su coronación. Cristo había vivido solo para consolar y bendecir, y al darle muerte, Satanás manifestó la malignidad de su odio contra Dios. Hizo evidente que el verdadero propósito de su rebelión era destronar a Dios y destruir a Aquel por medio de quien se mostró el amor de Dios».

Cuando desde las profundidades de la angustia, el moribundo Hijo del hombre exclamó: «Consumado es», a pesar de la simpatía que apenas podía contenerse, un grito de victoria resonó en el cielo. El «oído de Cristo captó la música distante y los gritos de victoria en las cortes celestiales. Él sabía que la sentencia de muerte del imperio de Satanás había sonado, y el nombre de Cristo sería anunciado de mundo a mundo por todo el universo». «Y oí una gran voz en el cielo, que decía: Ahora ha venido la salvación, el poder, y el reino de nuestro Dios, y la autoridad de Su Cristo; porque el acusador de nuestros hermanos ha sido derribado, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche». ¡Maravilloso triunfo! Uno pierde gran parte de la fuerza de la vida de Cristo, a menos que vea el triunfo real en la cruz. Aquel que había renunciado a Su poder y Su fuerza, tomando en su lugar la debilidad humana, y «pisado solo el lagar» lo recuperó todo en la cruz.

La vida de Cristo como hombre formó los lazos más fuertes entre ángeles y seres humanos, de modo que en el cielo se habla de los hombres como «nuestros hermanos». «Ellos lo vencieron por medio de la sangre del Cordero y por la palabra de su testimonio», y en su amor por Cristo, sacrificaron voluntariamente la vida misma. «¡Alegraos, cielos, y los que moráis en ellos!». Esta fue una hora oscura para los discípulos, quienes permanecieron cegados por el dolor junto a un sepulcro sellado; pero los ángeles, que conocían el poder de la vida eterna, presenciando la exaltación del Hijo de Dios y la expulsión final de Satanás,

cantaron aleluyas. Satanás, «el príncipe de este mundo», ya no sería admitido en sus concilios. Ya no podría acusar a los hermanos en su presencia. «¡Alegraos, cielos, y los que moráis en ellos!».

Esto fue en el momento de la crucifixión; y mientras el gozo resonaba en el cielo, y las melodías se hacían eco una y otra vez en Su ascensión, el mundo aún no estaba libre de las artimañas del diablo. Habiendo sido arrojado a la tierra, redobló sus esfuerzos para derrocar la verdad, tal como era anunciada por los seguidores del Hombre de Nazaret. A través de los diversos gobiernos había trabajado, solo para encontrarse con la derrota al final. La sutileza tomó el lugar de la oposición. El paganismo se desvaneció ante la creciente luz del Evangelio; pero los principios paganos fueron aceptados por los cristianos y vestidos con el ropaje del cristianismo. Aquí nuevamente está la historia de las iglesias de Pérgamo y Tiatira y el cuarto sello. «¡Ay de los moradores de la tierra y del mar! porque el diablo ha descendido a vosotros, teniendo grande ira, sabiendo que le queda poco tiempo». Con la intensidad de la desesperación impulsó sus planes destructivos. «Y cuando el dragón vio que había sido arrojado a la tierra, persiguió a la mujer que había dado a luz al hijo varón». El papado se estableció en Roma en el 538 d.C. por mil doscientos sesenta años —los «mil doscientos sesenta días» de Apocalipsis 12:6, el «tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo» de Apocalipsis 12:14—. Fue el período durante el cual los «dos testigos» del capítulo once de Apocalipsis profetizaron en cilicio. Es el período llamado la Edad Oscura. Escondidos en las fortalezas montañosas y en rincones oscuros de la tierra, algunos secretamente, durante la larga noche, se aferraron a la Palabra de Dios. De la boca del «dragón» fue arrojado un torrente de iniquidad, de falsas doctrinas, de falsas enseñanzas, de persecuciones, con la esperanza de ahogar para siempre la verdad. En Oriente, este torrente fue «humo» del «pozo del abismo» en forma de mahometismo; en Occidente, fue el papado.

Finalmente, la tierra misma se cansó del mal. Dios rompió el poder de la tiranía. Levantó gobernantes que se opusieron al poder del papado, y que abrazaron la causa de los reformadores, y los protegieron de los anatemas

lanzados contra ellos. Esto fue especialmente cierto entre los príncipes alemanes en la Dieta de Espira, y el mismo espíritu caracterizó a Guillermo de Orange en los Países Bajos, y a algunos de los gobernantes ingleses; y la ayuda que la tierra dio se vio especialmente en el refugio ofrecido a las almas perseguidas en las costas de América. El poder de la Reforma aún se siente en la tierra; y las naciones de Europa Occidental, junto con el pueblo de los Estados Unidos, tienen el privilegio de dar los últimos mensajes del Evangelio de Cristo al mundo. El ángel poderoso del capítulo diez de Apocalipsis tenía un mensaje para la iglesia Remanente, y el capítulo catorce saca a la luz más plenamente la última obra de la «mujer» con quien el «dragón» está airado. La pureza y el poder de la luz solar caracterizaron a la Iglesia Apostólica. Hay dos características del Remanente: guardan los mandamientos de Dios —la ley que forma el fundamento del trono eterno y que Lucifer consideraba un código arbitrario—. En medio de esta ley, está el sello que el «dragón» buscó destruir, pero que es restaurado a la última iglesia verdadera. La segunda marca distintiva del Remanente es que tienen el testimonio de Jesucristo, que es el Espíritu de Profecía. A medida que el tiempo se acorta, la ira del diablo aumenta y sus engaños asumen sus formas más sutiles. Finalmente, personifica al Hijo del hombre y aparece en la tierra como un ángel de luz. En ese momento su ira sobremanera grande se manifestará hacia aquellos que guardan los mandamientos de Dios y que tienen el testimonio de Jesucristo. Estas dos pruebas, y solo estas, distinguen entre aquellos que son aceptados por Dios y aquellos que no lo son.

Juan, a quien le fue dada a conocer la Revelación de Jesucristo, fue instruido por el Hijo de Dios para tomar las profecías abiertas de Daniel. El testimonio de Jesucristo se añade al testimonio de estos dos grandes profetas a través de un profeta elegido en la iglesia Remanente. Aunque el don de profecía estuvo largo tiempo en silencio, está en la iglesia Remanente; aunque la ley de Dios fue degradada y suprimida por mucho tiempo, es nuevamente obedecida por el Remanente.

La ira de Satanás puede ser grande, pero Aquel que preservó a Cristo preservará a Su pueblo hasta el fin. El libro de Apocalipsis revela el hecho de que la iglesia Remanente existe ahora y que el tiempo es corto.